

Historias no contadas del Ballet de Camagüey

La otra técnica del ballet

Unos minutos con Jorge Lucas Castellanos Herrera bastan para sentir que se le conoce de toda la vida.

Dos razones lo enfocan como el hombre que más luces ofrece del Ballet de Camagüey (BC). La primera, de oficio, como fundador del equipo técnico de la compañía; la segunda, de alma, por el fulgor de la danza en él. A Luki se le quiere siempre, por la humildad en la mixtura del carácter jovial y la sapiencia, aunque se considere “un vago”.

—¿Cómo llegó al BC?

—Me gradué de maestro, pero el magisterio no me gustaba; la danza, sí. Trabajaba en Servicios Técnicos, que asumía audio, luces y tramoya para el BC. Cuando en el año ‘75 viene Fernando Alonso a la compañía, hace hincapié en tener un equipo propio; se logra en el ‘79. En el Ballet empecé como tramoyista, o sea, la parte de la escenografía. Trabajaba con los grandes clásicos y los pequeños montajes. De ahí pasé al departamento de sonido, cuatro o cinco años. Estuve de jefe de escena desde el año ‘80 hasta el 2005. Desde entonces soy diseñador de iluminación.

“Me valió tremenda enseñanza estar con los maestros Joaquín, Jorge Vede, Fernando y Regina Balaguer. Me superé por cursos en La Habana, y del conocimiento empírico de técnicos de aquí como Gloria Portilla, José Villavicencio, y el diseñador Otto Chaviano. Me he ganado como oficio estar en la compañía. Siento atracción por el ballet, por el compromiso de hacer lo que me gusta”.

—Si dicen que usted es muy trabajador, ¿por qué lo duda?

—Yo no soy muy trabajador, soy más bien vago, porque todo lo hago para después trabajar fácil. Por ejemplo, para una gira a La Habana o a Guantánamo me preparo como si fuera a Nueva York. Vuelvo a leer los guiones, repaso los ballets, me hago idea de lo que puedo tener y lo que no en los teatros. Por eso cuando llego, nada me sorprende. Si los técnicos no tienen el conocimiento trato de enseñarlos.

“Yo no trabajo mucho. Yo disfruto mucho. Hago todo con amor. Aquí aprendí a pintar telones, a hacer atrezzo, a entender a los bailarines y a tener buena amistad con ellos. Su carrera es difícil. Eso me ha dado un sentido de pertenencia al BC. En 47 años hemos cambiado a medida que las generaciones nos han hecho cambiar. Somos más maduros, no más viejos. Frente al espejo sigo joven, fuerte, con ánimo”.

—No me ha dicho bien su cargo. ¿Es diseñador de luces o mago?

—Te toca ser un poco mago. Con casi nada hacemos todo. En Alemania falta una tela y te dicen: “Hay que ir a buscarla en Estados Unidos, dame 2 000 dólares más”. Aquí no, inventamos, la pintamos, la arreglamos y la tela sale con lo que tenemos. Eso se llama oficio, poder inventar de la nada. El ballet es de la clase alta, de los ricos. Siempre digo que el ballet en Cuba es una utopía.

“Hace poco se estrenó *Carmen*, en la versión del coreógrafo alemán Peter Breuer, este pide que caiga un telón, algo resuelto en su país con un sistema eléctrico y miles de dólares. Nosotros buscamos velcro, cinta textil donde pega la tela; para zafar el telón, aquí la solución costó un dólar.



“Gano 640 pesos como diseñador, pero hago de todo: arreglo una máquina de coser, confeciono un miriñaque para una obra como *Las llamas de París*, coso y pinto un telón lo mismo para el BC, el Folklórico o Camagua. Hemos hecho escenografía para teatro, para danza moderna, contemporáneo, escenografía de espectáculos. Estamos abiertos a las instituciones. Somos del ballet, pero nos damos a la cultura”.

—Cuando la historia se cuenta con dos o tres nombres, quedan en el anonimato grandes nombres como el suyo. Además de lo intrínseco en los aplausos del público, ¿siente la gratitud de los bailarines?

—La siento. Antes de subir a hacer mis luces, les digo: “Muchachos, bien, fuerte, ánimo”. Cuando bajo los felicito porque un por ciento de los aplausos va también para mí. No me hace falta que en una crítica se plasme mi nombre, solo necesito que digan Ballet de Camagüey, yo soy ese.

“Tengo las mejores relaciones en los teatros de Cuba. Me siento halagado porque cuando llego, dicen ‘llegó el maestro’. Soy exigente y a la vez, dócil, amigo. Cuando no me siento bien, no vengo a trabajar. No me gusta amargarle el día a nadie, y no soy de los que tiene un día malo. Con 66 años gozo unas ganas de vivir increíbles, y me gusta acostarme cansado, porque significa que he vivido una jornada de logros”.

—En la enseñanza artística se preocupan por mantener la cantera del Ballet, pero, ¿y la cantera de los técnicos, su relevo?

—En los años ‘80 me tocó ser uno de los que se superara. Cogí mucho de muy buenos maestros en Cuba. Eso se ha ido quedando atrás. En los teatros hay improvisación, falta de conocimientos de tecnoescena. Se dan pequeños cursos, y la gente conoce, pero no llega a aprender. Por ejemplo, este edificio precioso lo hizo gente analfabeta, pero en las manos tenían un máster. Hay que ser más práctico que inteligente. La práctica es la maestra de la enseñanza.

—He escuchado que la inteligencia es la capacidad de saber elegir... Quería preguntarle, sin que se ofenda, ¿cuán alto ha llegado con su familia?

—No he podido arrastrarlos al ballet, porque respeto la decisión de cada uno. Somos una familia muy grande, pero no muy alta, aunque sí conocedora de la danza. Un hijo trabaja en el teatro; la nieta pequeñita tiene tutú; a otras dos les encanta, pero no tienen el biotipo, les pasa como a mi hija, un “problema” de tamaño.

“Vamos mucho al teatro. Mi mamá me informa de lo que no pude ver u oír. Mis hermanos son seguidores de la danza. Si encuentran algo en Internet lo sacan. Me encanta la contemporánea, tan libre, pues el ballet es apegado a lo clásico. Me fascina Endedans, ahora Ballet Contemporáneo; el Folklórico, y Camagua, que tanto mejora. He podido encaminar a mi familia en el gusto por la danza. También procuro que tenga todos los bienestar del mundo conmigo. Soy una gente dichosa”.

A cargo de Yanetsy León González

Dilema académico

El aniversario 50 de la enseñanza artística en Camagüey ha motivado la reflexión acerca del arte y el magisterio, algo realzado en la exposición colectiva *Alas y raíces*, disponible en la galería Fidelio Ponce de León.

Unos discípulos y otros maestros de la Academia Vicentina de la Torre, se muestran con lo que han sido capaces de dar. Con la mirada en la memoria educativa, Nelson Miranda concibió el proyecto como “un proceso crítico de apropiación, instrumentación y sistematización académica del saber y de la experiencia artística”.

Para los educandos resulta lección de vida ese espacio al abrigo de sus profesores Rodrick Dixon, Nelson Miranda, Osvaldo Díaz Moreira, Katisleyvis Sedeño, Osmany Varona, Carlos Goyes, Oscar y Leonardo Pablo Rodríguez Martínez.

Si bien los maestros van de la pintura a la video instalación, los alumnos denotan sensibilidad y agudeza con el entorno, a través del óleo sobre el lienzo. Saddy Blanco Rey en el conjunto *Nítidos pilares*, traza personajes como la abuela, el barrendero, la madre con el hijo que no entra en el canon de lo “normal”, y el hombre sin rostro con el peso de la realidad.

Frente a ese resultado se realiza la laboriosidad de los maestros, por las condiciones con que llegan esos adolescentes.

“Los profesores consideramos que hace falta el nivel elemental, eliminado en los ‘90. El primer año es un choque”, contó a *Adelante* Katisleyvis Sedeño.

Ahora, 45 muchachos cursan Artes Visuales en la “Vicentina”. Son de Ciego de Ávila y Camagüey (Santa Cruz del Sur, Nuevitas, Carlos Manuel de Céspedes, Najasa, Vertientes y del municipio capital).

La carrera se concibe para cuatro años, en segundo implica la enseñanza de las técnicas, y en tercero el desarrollo de la obra: además conlleva el Salón de Estudiantes, inaugurado el 16 de noviembre.

Osmany Varona, subdirector de Artes Visuales, dijo que no se tiene el control de todo el talento, y ratificó la utilidad de los talleres vocacionales.

El Salón de Estudiantes es una zona de creación del Festival de las Artes de esa escuela, con una matrícula de 238 discípulos, en el caso de ballet y danza de casi todas las provincias, y una mexicana; de Artes Dramáticas, para Las Tunas y Ciego de Ávila; y solo de la provincia anfitriona, para el caso de Instructor de Arte.

María Mercedes García, directora de la “Vicentina”, confirmó que ya funciona el taller vocacional de ballet, para niños desde cuatro años de edad hasta nueve, de 5:00 p.m. a 6:30 p.m. Los correspondientes a teatro y artes plásticas abrirán en febrero, para los de sexto grado en adelante, en la escuela entran en noveno.

La entereza de estos artistas-pedagogos es fruto de su autoconciencia y del arraigo de una práctica cultural en Camagüey, donde el arte y su enseñanza se abrazan hace más de medio siglo.



Alas y raíces podrá apreciarse hasta la próxima semana.

Foto: Otilio Rivero Delgado

Breves

Ballet Folklórico de Camagüey ofrece dos estrenos. Primero, *El último café*, hoy en el Teatro Principal, desde las 8:30 p.m. Es una versión para danza teatro sobre la obra teatral *La hija de Nacho*, de Rolando Ferrer. Y la esperada *Oddí-Oché*, obra que destaca las deidades femeninas Yemayá y Ochún, podrá apreciarse allí, los días 24 y 25.

Convocan a la X Bial de Artes Plásticas de Pequeño Formato, prevista del 5 al 9 de diciembre. El plazo de admisión de obras vence el 20 de noviembre, en la sede del Proyecto eJo, en Ignacio Agramonte No. 277.

El Proyecto artístico pedagógico de género Mundo A invita a la jornada por su segundo aniversario, los días 23 y 24 de noviembre. Abrirá el jueves en el Multicine Casablanca, con la premier en Camagüey del documental *Flores en el muro*, a las 9:00 a.m.